



Jesús Caño-Güiral habla de Tomás Moro

Esta conferencia fue pronunciada la primera vez que se celebró en la Universidad de Montevideo el día de las Humanidades, en la fiesta de Santo Tomás Moro, mártir inglés elegido como Patrono de la Facultad de Humanidades. En esa ocasión, se le pidió al profesor Jesús Caño-Güiral que ilustrara al auditorio sobre la figura del gran humanista; una exposición breve, sin la formalidad de una lección académica. El profesor, según su costumbre, cumplió el pedido con maestría. Preparó estas páginas como siempre, a conciencia, y fue un placer oírlo hablar de modo tan ameno, con tanta

gracia y demostrando, sin alarde, que él y Tomás Moro eran, desde hacía años, excelentes amigos.

El profesor Caño-Güiral nació en Cádiz, España, el 22 de noviembre de 1932. Desde 1960 vivió en Uruguay, a excepción del período del exilio. Era uruguayo en muchas formas, y su recuerdo permanece en alumnos y colegas. Falleció el 19 de octubre de 2002.

La Revista **Humanidades** ha entendido que el mejor homenaje que podía tributarle a Jesús Caño-Güiral era publicar ésta, su última conferencia en la Universidad de Montevideo.

En la pequeña muestra que el Uruguay representa en el mundo académico, hemos sido testigos, en los últimos años, de la creación de varias universidades; casi todas con una orientación tecnocientífica; “práctica”, se dice, para el mundo de hoy. Y alguna de ellas que fue pionera en iniciar carreras estrictamente “humanísticas”, las abandonó hace ya algunos años. Sucumbió ante la “practicidad” rentable.

Sin embargo, estamos aquí, en la Universidad de Montevideo, en esta casa que mantiene la savia de esas carreras. Una universidad que ha sabido profundizar e integrar el conocimiento del estudiante que acude a ella para que se haga consciente de que su puesto en la sociedad actual no se encuentra en la mera especialización de su profesión concreta o en el mero provecho personal inmediato, sino en un amplio universo donde el saber humano y la sociedad global en que vive importa más ante el plan divino que cualquier otro objeto del saber.

Pero, en fin, no vale la pena discutir el punto ahora. Todos los que estamos aquí – espero – estamos convencidos de la importancia de las Humanidades. Nuestra tarea está en convencer a otros de ello. Y si hay algún escéptico presente, le recomiendo leer detenidamente las insoslayables páginas del profesor Methol Ferré en el número de marzo de 2002 de la revista *Humanidades*. La bipolaridad de los estudios humanísticos hace de éstos el núcleo de una universidad. Aunque “las urgencias no dejen percibirlo con claridad”, dice Methol Ferré -esto es, desde el punto de vista transitorio de esa supuesta practicidad de nuestro tiempo a que me he referido-, una universidad donde las humanidades sean el cohesionante del saber humano es la que consigue dar “respuesta y aliento a las generaciones que pierden la esperanza”.

No soy capaz de añadir nada a esas palabras.

En realidad ¿qué es un humanista? Pueden venir a la mente diversas imágenes de los hombres del Renacimiento: Erasmo, Pico de la Mirándola, Leonardo, Luis Vives, Budé, Marsilio Ficino. Todos ellos notorios por su saber “unificado” por el sentido profundo del puesto del ser humano en el cosmos. Estos hombres no convertían – como se ha interpretado algunas veces – al ser humano en alguien con poderes casi divinos. No; no sustitúan a Dios por el hombre. Elevaban a éste a la posición privilegiada que Dios le ha concedido: explotar al máximo la capacidad de su razón y su sensibilidad.

Nada más apropiado, por eso, que recordar la figura de un humanista sin par en el Renacimiento. Porque en este día acertadamente elegido como Día de las Humanidades celebramos la festividad de un humanista mártir de la fe: Tomás Moro, Santo Tomás Moro.

Tomás Moro sostuvo en vida una carrera brillante. Elegido miembro del Parlamento convocado por Enrique VII a los 26 años, se casa meses después con Anna Colt. El mismo año en que accede al trono Enrique VIII (1509), Moro queda viudo y a cargo de una familia de cuatro hijos. En 1510, es designado Sub – alcalde de Londres, cargo que implica la administración de justicia civil. Se casa por segunda vez. Pronto estrena su carrera diplomática como Embajador de la corona en Flandes. Allí conoce a Luis Vives, y también allí tiene tiempo para escribir el libro II de su famosa *Utopía*. En 1516 finaliza el libro I y la obra se publica en Lovaina, en ese latín elegante y agudo de Moro que pronto es admirado en toda Europa. Nombrado por el rey miembro de su Consejo y presidente de la Cámara de los Comunes, su habilidad para negociar – dicen sus contemporáneos – le vale diversas embajadas a Francia, su nombramiento como Subsecretario del Tesoro, como Gran Mayordomo de las Universidades de Oxford y Cambridge y, finalmente, como Canciller del Reino en 1529. Está en la cúspide de su carrera y de la idolatría pública. Porque el pueblo admira la imagen que ha dejado en sus diversos cargos como la de un hombre justo, insobornable, que se ha enfrentado, desde sus sucesivas posiciones, a los abusos del monarca y la nobleza.

Pero el final se acerca y Moro lo presiente. Lo escribe en sus cartas y lo comenta en la intimidad. Enrique VIII quiere disolver su matrimonio con Catalina de Aragón, alegando que ésta no le da hijos varones para la sucesión. La historia ya es conocida. Enrique pide a Roma la anulación del matrimonio; Moro se opone por convicción religiosa. Cuando el rey le pregunta formalmente qué piensa hacer, Moro le responde que en cuanto jurista sólo puede afirmar que la disolución no es válida porque Catalina ha tenido descendencia y, por lo tanto, no es estéril; en cuanto católico, no acepta el divorcio. La decisión final les corresponde a los teólogos de la Sede, no a él ni al rey, que no lo son. Pero las presiones se incrementan. En 1532, Moro renuncia al cargo de Canciller. Y Enrique -sin aguardar respuesta definitiva de Roma- corona a Ana Bolena reina de Inglaterra, a la vez que, libre ya de Moro, manipula al Parlamento para que se apruebe una reforma religiosa que lo declare Cabeza Suprema de la Iglesia Anglicana. La aceptación debe consagrarse con un juramento. Tomás Moro se niega a jurar ese dislate y es encarcelado en la Torre de Londres. De allí saldrá para un juicio urdido con evidencia falsa y se lo condenará a ser decapitado y descuartizado. En una magnanimidad regia, Enrique VIII sustituye el des-

cuartizamiento por otra sentencia: su cabeza se pondrá en agua hirviendo y luego será expuesta en público. Hombre benigno, este Enrique... La sentencia se cumple el 6 de junio de 1535. El discurso de Moro sobre el cadalso es breve. Termina con estas palabras: ***Muero en la fe y por la fe de la Iglesia Católica, leal servidor del rey, pero antes que eso, leal servidor de Dios.***

Al margen de sus cargos y su testimonio de lealtad a Dios y a la Iglesia Católica, por la que moría, ¿quién era en la intimidad Tomás Moro? Se puede responder con el conjunto de cualidades de las que estaba dotado. Un consumado helenista y latinista, jurista de primera línea, músico, excelente dibujante, escritor, poeta, y, cuando estudiante, un aplaudido actor cuyas improvisaciones admiraban y divertían a todos. Y un hombre público que unía a todo ese caudal un sentido de auténtica vocación de servicio a favor de la sociedad, volcado a la práctica política. En su correspondencia y en sus escritos, Santo Tomás Moro se revela como un republicano de corazón. Su profundo conocimiento de la historia antigua lo había convencido de que el sistema monárquico hereditario conlleva inevitablemente el favoritismo, el absolutismo, el abuso de poder (del monarca mismo o de los nobles y consejeros que lo rodean). Conlleva, en fin, la falta de garantías para el pueblo contra el acceso al trono de un heredero inhábil, incapacitado para ser dirigente. Pero creía que, si las circunstancias en Inglaterra no permitían otro régimen que el monárquico, habría que luchar siempre por imponer la censura, la moderación y la vigilancia permanente que sólo garantiza un Parlamento libre de presiones y de miedos. ***¿Qué cosa es el buen príncipe?*** – se pregunta en uno de sus celebrados epigramas – ***Es el perro custodio del rebaño que, ladrando, ahuyenta al lobo. ¿Y qué cosa es el mal príncipe? El lobo, precisamente.***

Pero, además, ese hombre que hoy veneramos como santo fue, a mi entender, el verdadero humanista, muy por encima de los tres modelos en los que la época creyó. A Tomás Moro se le describe siempre como jovial, alegre, ocurrente, sin que ello menoscabara en nada su religiosidad. Bajo su ropa llevó hasta la muerte un cilicio, recuerdo de los años en que dudó seriamente entre la abogacía y el claustro, entre la vida pública y el sacerdocio. En una casa habitada por una numerosa familia que incluía yernos, nietos, sirvientes y huéspedes, dirigió en persona, sin faltar un solo día, las oraciones vespertinas. Pero sin obligar a nadie, sin molestarse porque un huésped o un amigo no lo acompañara.

En el reducido universo académico del siglo XVI europeo, se decía públicamente que había tres hombres que encarnaban el ideal del saber de los nuevos tiempos: **ingenium, verbum et iudicium**. Ingenio, palabra y juicio. Guillermo Budé era el ingenio; Erasmo de Rotterdam, la palabra; Luis Vives, el juicio. Pero *sotto voce*, también se decía que Budé era hosco y nada comunicativo; que Erasmo era pusilánime e indeciso; y que Vives era demasiado serio y reconcentrado en sí mismo.

Curiosamente, esos modelos admiraron y alabaron a Santo Tomás Moro. Erasmo -quien conoció a Moro en la familiaridad de la vida doméstica cuando gozó de la hospitalidad generosa de éste en Londres- nos ha dejado una extensa descripción de su fisonomía y su carácter. En su casa, escribió Erasmo *El Elogio de la locura*, donde se leen entre líneas algunas ocurrencias de los epigramas propios de Tomás Moro. Tenía motivos, pues, para escribirle a su amigo: **¿Ha creado jamás la naturaleza algo más gentil, dulce y feliz que el genio de Tomás Moro?** Y al saber de su ejecución expresó: **Fue un hombre de un alma más pura que la nieve; y de un genio tal que Inglaterra no ha tenido, ni tendrá jamás su igual.**

Pero, comparado con el carácter de esos modelos humanistas del Renacimiento, Tomás Moro añade otro rasgo bien distinto y que no es frecuente entre los humanistas de su tiempo, ni – dicho sea de paso – entre los santos. El humor, la jovialidad. En las obras de los humanistas del Renacimiento se da, sí, la ironía, la sátira y hasta el sarcasmo. Pero no el auténtico, limpio humor. Y las biografías de los santos hacen hincapié, por lo general, en la parte seria del santo, el aspecto a imitar de una vida dedicada al servicio de Dios. Hay que buscar la anécdota del martirio de San Lorenzo o las observaciones de Santa Teresa para encontrar el humor.

Todavía en vida de Moro, Erasmo hace un retrato del santo en una carta a Ulrich von Hutten y, tras describirlo físicamente, dice: **Su condición se lee en la cara siempre bondadosa, amistosa y despierta, pronta a sonreír; en verdad, se inclina más al regocijo que a una dignidad severa.** Y el sentido del humor, ya entrevisto en sus improvisaciones actorales de juventud, se encuentra testimoniado nada menos que por Hall, el cronista de Enrique VIII, quien al transcribir la decisión real para el nombramiento de Moro como Canciller, señala que Enrique se decidió **por la persona de Sir Thomas More, hombre de idiomas y práctico en derecho, de agu-**

da inteligencia y lleno de imaginación, si bien muy aficionado a chanzas...

Pero las mayores pruebas de su humor son las frases que pronunció en el cadalso: una, antes del discurso testimonial de su fe católica y otra, inmediatamente después de ese discurso. Las crónicas recogen esos dos momentos. Primero, el de la subida por los escalones del cadalso. El verdugo, que estaba muy nervioso por la dignidad de la persona a la que debía ejecutar, quiso ayudarlo a subir y Moro trastabilló. ***Gracias por tu intención; pero no te preocupes más***, le dijo el santo, ***porque no vas a tener que ayudarme a bajar***. El segundo momento es el de la alusión a su barba. Al querer ayudarlo a poner su cabeza en la posición correcta, el verdugo, tembloroso, le dobló bajo el cuello la barba, abundantemente crecida en prisión. Moro se dirigió a él: ***No la cortes a ella, pobrecita. A la barba no la han encontrado culpable de nada...***

Y este humor, conservado hasta el último minuto de una vida dedicada a servir a Dios a través del servicio a sus semejantes, lo distingue, a mis ojos, como el rasgo último que completa el retrato de un santo que fue el más completo humanista del Renacimiento.

En este Día de las Humanidades que, si no estoy equivocado, se celebra por primera vez en Uruguay, me atrevería a aconsejar que como cultores o aspirantes a cultores de las Humanidades, no nos falte nunca ese toque de humor que tuvo Santo Tomás Moro. Porque el humor, el sano humor, testimonia lo mucho que podemos hacer por otros para ayudarlos a sobrellevar con una sonrisa la parte ardua de la vida y – simultáneamente – implica entender lo poco que somos ante Dios. 🙏